

# PRIMERA MENCION

## COLECTIVIDAD

Por: Guillermo Solano Flores / Facultad de Psicología

“... la calidad del estrépito iba virando a un tono cada vez más agudo, roto aquí y allá por verdaderos alaridos entre los que me pareció oír algunos con ese color especialísimo que da el sufrimiento. . .”

JULIO CORTAZAR

En la sala de espera quedaba un lugar vacío, donde me senté.

Eché un vistazo a todos y tomé un periódico atrasado para leer.

Por algunos minutos el lugar permaneció en silencio hasta que un peculiar ruido picó mi curiosidad. Busqué por todas partes y me di cuenta de lo que se trataba. El hombre que tenía al lado, un tipo barbón, se rascaba la mejilla.

Volví a mi lectura.

El ruidillo se escuchó de nuevo y su persistencia me obligó a ver una vez más. El sujeto ahora se rascaba el brazo derecho. Me quedé viéndolo un rato con la intención de hacerle ver que me distraía, pero me ignoró. Indignado, volví la vista al diario y antes de reanudar mi lectura oí que al ruido se agregaba otro igual. Ahora también se rascaba la mujer que estaba a mi derecha. Pensé “aquí hay chinches” y eso me produjo un escalofrío general, y luego una intensa comezón en el muslo de una pierna. Ya éramos tres rascándonos y el sonido producido era muy melodioso.

Un señor de unos cuarenta años que teníamos enfrente al principio nos miró con asombro pero luego comenzó a fregarse el cuello con la gomilla de un lápiz. Después, una señora de falda y un joven de anteojos, luego de admirarse entre sí, iniciaron su rascamiento de pecho y omóplato, respectivamente.

El cosquilleo era intenso y ágil, picante. Tan pronto como me rascaba el codo, lo tenía en seguida en la punta de la nariz o en las plantas de los pies, por lo que mis dedos corrían velozmente por todo mi cuerpo tratando de darle alcance a la molesta comezón. La escena era graciosa pues no sólo yo, sino todos los ahí presentes, nos flexionábamos y torcíamos para satisfacernos lo más que se pudiera. Algunos sonreían y entrecerraban los ojos, lánguidos.

Permanecía algunos minutos rascándome vigorosamente la nuca, y no sé si fue porque la comezón seguía allí o porque me gustó tanto rascarme. Cuando alcé la vista los vi a todos que con furor se esmeraban en arañarse los unos a los otros, mientras hacían toda clase de gestos de placer.

El señor de los cuarenta años se quitó el saco y luego la camisa, doblando ambas prendas cuidadosamente, y le pidió con caballerosidad a una linda muchacha de pelo largo, que le tallara la espalda con un peine. Mientras ella lo hacía, era rascada por una mujer ya madura a quien a su vez el joven de anteojos le rascaba los brazos.

La señora de falda se acercó a mí mientras le rascaba la cabeza a un niño y, después de quitarme los zapatos y los calcetines, empezó a frotarme con furia los pies, lo cual constituyó un gran alivio

para mí, que tenía ya rato con el cosquilleo ahí.

La mujer madura se puso de pie, alocada, y se quitó el sombrero que traía y lo arrojó a un rincón. Inmediatamente después se sentó y empezó a restregar con desesperación su cabeza contra la pared, al tiempo que sus ojos se ponían en blanco.

El tipo barbón se retorció, o más bien se convulsionaba porque la linda muchacha de pelo largo ahora le rascaba las costillas excelentemente. Me sorprendió verlo únicamente en calzoncillos.

La señora de la falda ya no traía puesta su falda y se encontraba nada más en fondo y el señor de los cuarenta años le encajaba las uñas hasta casi quebrárselas, por toda la espalda y ella, con la cara muy colorada, respiraba sofocadamente y de vez en cuando lanzaba un gemido de éxtasis.

El niño ahora se ocupaba de morderme las orejas por lo que no podía calmarme, además de que alguien que no podía ver, me mordía fuertemente los dedos de las manos.

La linda muchacha de pelo largo, sin blusa ya, se echó al suelo e impulsándose de arriba a abajo se raspaba la espalda con la esquina de una mesa. La mujer madura se desabrochó nerviosa y con dificultad la faja y la arrojó al suelo —donde mis zapatos, mis calcetines, dos pantalones, una blusa, una camisa y dos sacos yacían ya—, gritando histérica y tratando de bailar con sensualidad.

El señor de los cuarenta años se acercó a la mesa como la muchacha, y mientras se frotaba el pecho con el filo de ésta, la señora de la falda —a quien ya le había

arrancado el fondo y las pantaletas el joven de los anteojos al que el tipo barbón le rasguñaba las piernas con una hebillas— le enterró las uñas y se las quebró, y él lanzó un grito de delirio. Empezó a sangrar y solo se rasguñó horriblemente la cara.

Más tarde el tipo barbón se paseaba correteando por dondequiera con un mechón de cabellos que él mismo se había arrancado y que agitaba con furia en la mano. Yo mientras me frotaba con toda la fuerza que podía la nariz y las orejas.

El de los cuarenta años, visiblemente agotado, se paró, pero no pudo mantenerse de pie y, luego de tambalearse, cayó al suelo y se descalabró. Antes de quedar inconsciente, alcanzó a frotarse la frente con las manos.

El niño, riendo con demencia se aproximó a la linda muchacha de pelo largo, quien ya estaba desmayada, y jalándola de los cabellos, comenzó a golpearle el rostro contra el suelo. Yo ya no pude resistir. Las cosas ya habían sobrepasado un límite y quise defenderla pero no pude llegar porque mis piernas estaban adormecidas y débiles y todo comenzó a darme vueltas. Asustado por el espectáculo de locos me arrastré hacia un rincón y hecho ovillo esperé a que todo pasara.

La euforia duró un tiempo más y luego todos quedaron tendidos en el piso, desmayados o muertos. Observé impresionado la triste escena, reconociendo al tipo barbón que había sido el primero en rasarse. Desnudo, estaba totalmente ensangrentado y con las uñas rotas. Iba a retirarme cuando noté que de su cabeza brincó una pulga, a la cual ya en el suelo pisé.

